BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

SOMOS PEREGRINOS

Estamos aquí de paso

«Estamos en el camino que conduce a la Patria» (S. Gregorio Magno).

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica

D.L.: M- 5.854-1988
I.S.B.N.: 84-7770-106-7

Impreso en España
Gráficas Futura, Soc. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo 21 FUENLABRADA (MADRID)

PRESENTACION

Este pequeño libro va dirigido a toda clase de personas, pero lo dedico especialmente a los habitantes de Fuentesaúco (Zamora), que fueron un día mis feligreses, y porque el motivo que me ha impulsado a escribirlo ha sido una visita que les hice últimamente.

Esta dedicatoria tiene, pues, su explicación, sabiendo que conviví con ellos unos quince años, y que hace más de cuarenta ejercí allí mi ministerio, primero como Coadjutor y luego como párroco, y ahora al volver a visitarlos, he aprendido una gran lección, que quiero transmitir a todos, esperando que estos mis pensamientos sean muy útiles y aleccionadores a cuantos los lean.

La lección que yo he aprendido (que no es otra que la revelada en los Libros Santos) es que todos somos peregrinos, que estamos de paso en esta vida y que no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna *(Heb. 13,14).*

Cuando yo fui por primera vez a Fuentesaúco (entonces tenía este pueblo unos 3.000 habitantes, y contaba yo con 24 años), al ir conociendo a sus gentes, vi que estas se agolpaban en sus casas, siendo muchos los allegados de familia: abuelos, padres, tíos y hermanos... ¡Cuánta gente!, y ahora ¿qué veo?

Que después de cuarenta años casi todos se fueron. ¡Cuántas casas vacías de gente que conocí! y para cuántos de los que hoy en ellos habitan vengo a ser yo ¡como un forastero!...

Al considerar que muchos de los conocidos ya no existen y que todos vamos desapareciendo de la escena de este mundo, me he propuesto haceros reflexionar sobre el ideal de la vida presente, que no debe ser otro que vivir preparados para la eterna, y por lo mismo exhortaros a que meditéis sobre los sententa pensamientos, que escribo a continuación, porque ellos nos enseñan, en nuestro caminar por esta breve vida, a usar de las cosas más necesarias como el comer y el vestir, sin apegar el corazón a todas las demás que nos rodean.

Tenemos, pues, que pensar en la vida futura, o sea, en el cielo más que en la tierra, porque ésta la hemos de abandonar pronto con las personas con quienes convivimos y los bienes que poseemos.

Al ver que esta vida se termina pronto, ¿no sería una locura poner aquí nuestro domicilio cuando no somos más que huéspedes y peregrinos que caminamos poco tiempo sobre ella?

Yo os exhorto a que viváis alegres y con la esperanza de ir al cielo (al que estamos destinados) y con la confianza de vernos todos en él reunidos.

A este fin yo os diré cómo hemos de vivir para lograrlo, y cómo, de hecho, aunque hayamos sido grandes pecadores, lo alcanzaremos.

Benjamín Martín Sánchez

Zamora, 17 de agosto de 1987

ESTAMOS AQUI DE PASO

1

«Presiento a mi edad (tengo en la actualidad 82 años) que mi peregrinación por esta vida va llegando poco a poco a su término, y como no se acaba todo con la muerte, me muevo a comunicaros mis pensamientos y haceros reflexionar a todos a fin de que viváis más felizmente teniendo la mirada fija en el más allá —que se avecina— por ser de suma transcendencia, y esto quiero hacéroslo ver especialmente a la luz de la Sagrada Escritura, que es la palabra de Dios. En Ella Dios nos habla a todos.

(Este pensamiento, que puede verse con algunos más, en otros libros míos: *«¿Por qué no pensar en el más allá?»* y en *«Vamos de camino»*, los he querido resumir y hacerlos resaltar en el presente).

2

La experiencia juntamente con la Biblia, el libro de la revelación divina, nos están diciendo: *Una generación pasa y otra le sucede, pero la tierra permanece para siempre* (Ecl. 1,4), es decir, esta permanencia es con relación a las generaciones que pasan. *El hombre es como la hierba que se marchita, a la*

mañana florece y crece, a la tarde se corta y se seca (Sal. 90,5-6).

3

Entramos en la vida presente con la ley de abandonarla. «Trátate como huésped y peregrino sobre la tierra, a quien no le va nada en los negocios del mundo, porque aquí no tienes domicilio permanente» (Kempis), y si *nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él* (1 Tim. 6,7), ¿por qué no pensar en nuestra mansión eterna? Esto no quiere decir que no trabajemos para comer y vivir por cuanto no somos ángeles y necesitamos alimento, y como dice el santo Job *«El hombre ha nacido para el trabajo como el ave para volar»* (5,7), sino que en medio de nuestro trabajo no perdamos de vista «el más allá»...

4

«El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, está repleto de muchas miserias; brota como una flor y se marchita» (Job. 14,1). ¿Acaso no es vivir como ciegos el poner nuestras ilusiones y esperanzas solamente en la vida presente cuando sabemos que *«el tiempo es breve y el aspecto de este mundo pasa rápidamente?»* (1 Cor. 7,29 y 31).

5

«Todos nos vamos muriendo —todos somos mortales— y desaparecemos de encima de la tierra, a semajanza de las aguas, que, cayendo sobre ella, no

vuelven jamás a aparecer» (2 Sam. 14,14). *«No tiene poder el hombre sobre el espíritu para detenerle, ni tiene poder sobre el día de la muerte»* (Ecl. 8,8), pues a la manera que Dios ha señalado término a las furiosas olas del mar, diciendo a éste: *«Hasta aquí llegarás y de aquí no pasarás»* (Job. 38,11), así ha fijado límite al número de los días de nuestra vida, que no hemos de traspasar (Id. 14,5).

6

El tiempo nos va arrastrando a todos hacia mundos desconocidos... Hemos visto a muchos pasar delante de nosotros al ser conducidos sus cadáveres al cementerio, y otros muy pronto nos verán también pasar a nosotros... y es que ¡todos vamos pasando!

La mayor parte de los que yo conocí en Fuentesaúco, ya no existen. Los que conocí de niños pasaron a mozos, y éstos pasaron a viejos... y muchos de aquellos jóvenes y la mayoría de los de mi edad pasaron a muertos, y dentro de pocos años más habrá desaparecido por completo nuestra generación para dar paso a la que nos va sucediendo.

7

Todo pasa en esta vida. «Pasó el mundo de la infancia con sus juegos inocentes; pasó el de la adolescencia con sus doradas ilusiones; pasó el de la juventud con sus proyectos y quimeras; pasando está el de la edad madura, como sueño del cual despertaremos pronto; pasará también el de

la vejez con sus recuerdos; y vendrá el otro mundo, el de la eternidad en el que apenas se piensa. ¿Por qué no pensarán los hombres en el término fatal a que los conduce sin remedio la carrera incesante de la vida? (P. Valencina).

8

La Escritura Santa nos dice: «*Somos peregrinos y viajeros sobre la tierra*» (Heb. 11,13). «*No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna*» (Heb. 13,14). Estamos, pues, aquí de paso. Esto debe hacernos pensar que hemos de dejar la casa, las fincas, todos nuestros bienes a otros... ¡Cuántos dueños ha tenido la casa que habitamos! ¡Cuántos tendrá todavía!...

9

Yo quisiera que todos supiérais a donde vais por el camino de la vida, pues lo que más siento es que muchos corran por las vías anchas de la perdición sin pensar en el más allá. Muchos indagan y preguntan por el camino en cuyo término puedan encontrar un pedazo de felicidad temporal, y no preguntan por el camino que conduce a una felicidad inmensa y eterna. ¡Cuán grande es el error y extravío de los mortales!

Valoremos nuestra vida

10

La vida presente sólo la podremos valorar a la luz de la eternidad. Esta vida por larga que la creamos son unos 80 años. El salmista lo dice así: «*Los días de nuestra vida son 70 años y 80 en los más robustos; pero también la robustez es apariencia, un nada, porque se corta en un instante y volamos...*» (Sal. 90,10). Lo que pasa de 80 años no suelen ser más que achaques y dolores, y ¡cuántos no llegan a ellos!... y ¿qué son 80 ó 100 años relacionados con la eternidad?

11

Es preciso, para ordenar bien nuestra vida presente, que pensemos con frecuencia en el más allá, porque, lo queramos o no, tenemos que decir cada uno de nosotros lo que dijo el Santo Job: «*Mis cortos años están contados y ando un camino por el cual no volveré, es decir es un camino sin vuelta*» (16,22).

«El tiempo, como dice San Agustín, no es más que una corrida hacia la muerte. Morimos cada día, porque cada día perdemos una parte de nuestra vida; creciendo, decrecemos, y partimos con la muerte el día que creemos disfrutar por entero. Así, al entrar en la vida, ya empezamos a andar hacia la muerte y a salir de la vida».

12

«No temas la sentencia de la muerte. Acuérdate de los que te precedieron y de los que te seguirán, y que éste es el juicio del Señor sobre toda carne. Y ¿qué otra cosa te sobrevendrá, sino lo que fuera del agrado del Altísimo? Sean diez o ciento o mil años. (Eclo. 41,5-6).

13

Sabiendo ciertamente que vamos a morir, no debe aterrarnos este pensamiento de la muerte, pues antes bien nos es muy ventajoso porque nos enseña a ordenar bien nuestra vida. Séneca, un filósofo pagano dijo: «Nada os será más útil para adquirir templanza en todas las cosas, como el frecuente pensamiento de la brevedad del tiempo y su incertidumbre. En todos vuestros negocios dad una mirada a la muerte» (Epíst. 13).

14

San Bernardo nos dice: Podéis morir de un momento a otro... La muerte os espera en todas partes; pero si sois prudentes, en todas partes la esperaréis vosotros». «Es bienaventurado y prudente el que vive de tal modo, cual desea le halle Dios en la hora de la muerte» (Kempis).

15

La muerte es un adiós para siempre a las riquezas, a los negocios de este mundo, a las honras y

placeres... Todas las cosas de esta vida, si no se encaminan hacia la eterna, son vanidad: *«Pasarán como sombra»* (Sab. 5,9). Por eso San Pablo nos dice: *«Mientras disponemos del tiempo obremos el bien»* (Gál. 5,10). A la hora de la muerte lo único que acompaña a nuestras almas inmortales son las obras que hayamos hecho en esta vida, y por ellas seremos juzgados por Dios.

La visita al cementerio

16

En la puerta del cementerio de Fuentesaúco hay la siguiente inscripción, que puede servirnos de meditación:

Esta triste mansión recuerda nuestro fin.
Prepárate, oh mortal, que es preciso morir.

A su vez quiero recordar esta otra que lei en la puerta de otro cementerio, el de Orense:

El término de la vida aquí lo véis.
El destino del alma, según obréis.

Estas inscripciones nos dicen que con la muerte terminan las cosas de esta vida; mas el alma inmortal sigue viviendo.

17

El cementerio es la casa de los muertos donde hay lugar para todos los vivos. ¿Cuándo tendré que ocupar el mío? ¡Tal vez pronto! ¡Qué poco pensamos en esto! *In hoc fallimur, quod mortem prospicimus.* Este letrero es el epitafio puesto so-

bre una tumba, y quiere decir: *«En esto nos engañamos en que miramos la muerte de lejos».* Bien pudiéramos decir con el rey David: *«No hay más que un paso entre mí y la muerte»* (1 Sam. 20,3).

18

«Como vestido se envejece todo hombre, porque esta es la ley desde el principio: Has de morir. Como las hojas verdes de un árbol frondoso, que unas caen y otras brotan, así es la generación de la carne y de la sangre: unos mueren y otros nacen. Toda obra humana al fin se acaba» (Eclo. 14,19). *«¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte?»* (Sal. 88,49). *«Está decretado que los hombres mueran una vez»* (Heb. 9,27).

19

Al entrar en el cementerio, bien merece hagamos esta meditación: «Aquí duermen el sueño de las tumbas muchas generaciones; aquí descansa la muchedumbre que componía la población de pasados tiempos; la misma que circulaba con bullicio por las calles y plazas de la ciudad, llena de vida, de ilusiones y de proyectos.

Aquí yacen los graves magistrados que administraron justicia; ahí los sacerdotes que bendijeron nuestra cuna; ahí los sabios enorgullecidos con su ciencia; ahí poetas, escritores, artistas, ricos y pobres, nobles y plebeyos, generaciones enteras que se hundieron para siempre; todos entraron en la vasta región de ultratumba por la

puerta del sepulcro; pero al entrar, la muerte despojó al dignatario de su dignidad, al rico de sus riquezas, al pobre de sus harapos, a la hermosa de su hermosura, y a todos los igualó con igualdad espantable» (P. Valencina). ¡Misterio profundo!

¿Qué nos piden ahora los muertos?

20

A la luz de la fe no nos piden ricos mausoleos, pomposas lápidas o que se le erijan estatuas, que vienen a ser más bien vanidad de los vivos y desengaño de los muertos; lo que nos piden son sufragios y oraciones. Oraciones a Dios por el eterno descanso de sus almas, pues como en el cielo *«no puede entrar nada manchado»*, si estuvieran detenidas en el Purgatorio, lugar de expiación, mucho le pueden ayudar nuestras oraciones.

En tu visita al Cementerio piensa que lo mejor que puedes hacer es rezar sobre las tumbas de tus difuntos la oración del Padrenuestro con el Avemaría, ya que como dice San Ambrosio: «Una flor sobre la tumba se marchita, una lágrima se evapora, una oración se eleva al cielo y la recoge Dios».

21

La Biblia nos habla de sacrificios ofrecidos por los pecados de los muertos, y dice que *«es santo y*

saludable el rogar por los difuntos para que sean absueltos (de las penas) de sus pecados» (2 Mac. 12,46), pues *«si no hubiera esperanza que los muertos resucitarían, superfluo y vano era orar por ellos»* (Id. 12,44). Aquí queda nuestro cuerpo al morir, mas nuestra alma vuelve a Dios, que le dio el ser (Ecl. 12,7). Las reliquias, pues, de nuestro cuerpo permanecen en el Cementerio hasta el día de la resurrección final de los muertos en que llegará la unión definitiva del alma y del cuerpo, pues cada uno ha de resucitar con el mismo cuerpo y alma que tuvo en la tierra. Como dice el profeta Daniel: *«La multitud de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán: unos para la vida eterna, otros para ignominia...»* (12,2).

22

¿Cómo debemos comportarnos con los difuntos? El Sagrado libro del Eclesiástico da estos consejos: *«Hijo, derrama lágrimas sobre el muerto..., amortaja su cuerpo según le corresponde y no dejes de darle sepultura..., haz el duelo: un día o dos para desahogar lágrimas, y luego consuélate de la tristeza... Pasados los funerales debe cesar la tristeza, pues el dolor trae mal al corazón..., al muerto no le aprovecha y a ti te daña. Piensa en su destino, pues el suyo será el tuyo: al suyo ayer, mañana el tuyo... y consuélate en la salida de su espíritu* (Eclo. 58,16 s.).

23

«Evita, pues, la excesiva aflicción por la muerte de tus seres queridos». Una vez pagado el debido tributo de afecto y de dolor, lo mejor es orar por ellos, ya que como tenemos dicho, «una oración por el difunto se eleva al cielo y la recoge Dios». *«No estéis tristes,* nos dice San Pablo, *como los que no tienen esperanza»* de la vida eterna (1 Tes. 4,14 ss.).

La Iglesia nos anima a vivir con la esperanza del cielo, pues «la vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo» (Pref. Dif.).

¿Qué hay después de la muerte?

24

Jesucristo, que es Dios, es el que nos revela en los Evangelios que hay otra vida después de esta, que hay cielo y hay infierno, pues dice claramente: *«Irán estos (los impíos) al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna»* (Mt. 25,41-46). «Los que hayan hecho obras buenas, irán a la vida eterna; aquellos en cambio, que hayan obrado mal, irán al fuego eterno» (Símbolo Atanasiano); mas «no es Dios quien nos arroja en el infierno; somos nosotros los que nos precipitamos en él con nuestros pecados» (Santo Cura de Ars).

25

En el libro de la Sabiduría leemos: *«Dios creó*

al hombre para la inmortalidad» (2,23). De hecho el mismo Jesucristo nos habla de premios y castigos eternos, y por tanto después de la muerte continuamos viviendo, y además nos da a entender que nuestra alma es inmortal al decirnos: *«No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien a Aquel que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno»* (Mt. 10,28).

26

Después de la muerte hay un juicio: *«Está decretado que los hombres mueran una vez, y después de esto el juicio»* (Heb. 9,27), pues *«todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que reciba cada uno según lo que hubiera hecho por el cuerpo, bueno o malo»* (2 Cor. 5,10). *«Es fácil al Señor dar a cada uno lo que merece y retribuirle según sus caminos»* (Eclo. 11,28).

27

Habiendo creado Dios al hombre para la inmortalidad (Sab. 2,23), son locos los que no piensan en el más allá de la muerte, pues todos los negocios temporales, sin miras a lo eterno, carecen de sentido. Esto es lo que vino a decir *Bukarin*, el gran doctor del bolchevismo y autor del *«ABC del comunismo»*, a un amigo expulsado de Rusia por sus ideas antimarxistas, pues él desesperado le dijo: «Diles allá a los de Europa, que se den prisa para encontrarnos la inmortali-

dad, pues si hemos de morir un día, todo lo que hacemos carece de sentido» (Ver «EL GRAN VIAJE. ¿Existe el infierno?»).

28

La Iglesia en el Concilio de Florencia definió: «Después de la muerte de cada hombre, su alma es recibida al momento, o en el cielo, o en el infierno, o en el Purgatorio, según la disposición de cada uno». Los que mueren en pecado mortal sin arrepentimiento, van al infierno. Los que mueren en gracia, purificados de sus pecados, van al cielo, y los que no están purificados de ellos, van al Purgatorio. A estos, el santo sacrificio de la Misa, las oraciones, indulgencias y demás obras buenas de los vivos, les pueden aliviar sus penas.

Lecciones que nos da la muerte

29

1.ª Que es una locura trabajar sólo para amontonar dinero, porque no se llevará nada consigo al morir. *«El hombre no sabe cuánto tiempo le resta; y no piensa que se acerca la muerte, y que todo lo dejará a otro y morirá»* (Eclo. 11,20). *«Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá. Antes de tu muerte haz bien a tu prójimo, y según tus posibilidades ábrele tu mano y dale... Mira que tienes que dejar lo tuyo para otros, y tu hacienda se la distribuirán tus herederos»* (Eclo. 14,12- 15).

30

2.ª A los apegados al dinero les será muy amarga la muerte. Así lo dice el Espíritu Santo: *«¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria para el hombre que se siente satisfecho con sus riquezas; para el hombre a quien todo le sonríe y en todo prospera y aún puede disfrutar de los placeres!»* (Eclo. 41). Al que acumula riquezas sin otras aspiraciones que pasarlo bien en esta vida, tendrá que oír de Dios esta reprensión: *«Necio, esta misma noche te pedirán el alma, y todo lo que has acumulado, ¿para quién será?»* (Lc. 12,17).

31

3.ª La muerte nos enseña a vivir desprendidos y nos hace ver que el cielo se compra con el desprendimiento. *«Si afluyen las riquezas a vuestras manos, no apeguéis vuestro corazón a ellas»* (Sal. 62,11). *«Teniendo con que alimentarnos y vestirnos, debemos estar contentos»* (1 Tim. 6,8). Además, si hemos nacido desnudos y desnudos partiremos de este mundo, ¿para qué tantas preocupaciones y trabajos en vano si la muerte nos despojará de todo?

32

4.ª Aquí en la tierra no está nuestra felicidad, porque las cosas de la tierra hay que dejarlas aquí al morir. Si el rico no puede entonces llevar consigo sus riquezas, ¿podrá estar la felicidad en lo que tiene fin o en los estrechos límites del

tiempo? Otros buscan su felicidad en lo efímero de las pasiones, pero seguirlas es pecado, y la dicha no se halla en el pecado. Después de la pasión satisfecha, lo único que queda es la vergüenza, la confusión y el arrepentimiento.

33

5.ª Jesucristo nos dice: *«No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón»* (Mt. 6,19-21). «En comparación de los bienes eternos todo es vano, hasta los bienes temporales... ¡Qué locura colocar vuestros tesoros en un lugar que debéis abandonar, y no llevarlos allí donde debéis ir! Amontonad riquezas en el lugar de vuestra verdadera Patria...» (S. J. Crisóstomo). Esto lo conseguiréis haciendo limosnas y el bien posible con las que poseéis en este mundo.

34

6.ª San Pablo nos da esta lección de desprendimiento: *«El tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen, porque pasa la apariencia de este mundo»* (1 Cor. 7,29- 31).

Nuestra verdadera Patria está en el cielo

35

«En esta tierra de lágrimas no tenemos ni ciudad permanente (Heb. 13,14) ni patria eterna. Todos somos en la tierra desterrados y peregrinos; nuestra patria está en el cielo, más allá del tiempo, en la eternidad, en Dios» (Pío XII).

«Toda la Sagrada Escritura nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo en donde se halla la verdadera y suprema felicidad» (S. Agustín).

36

«Dentro de poco tiempo he de abandonar esta tienda de mi cuerpo» (2 Ped. 1,14) *«Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, no hecha de mano de hombre»* (2 Cor. 5,1).

37

Jesucristo dice: *«Bienaventurados los pobres en el espíritu..., los que lloran..., los misericordiosos..., los que sufren..., porque de ellos es el reino de los cielos... Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa»* (Mt. 5,3- 12).

38

Miremos al cielo. Ese cielo o firmamento que en noches serenas vemos tachonado de estrellas

y que atrae nuestra mirada, no deja de ofrecernos un espectáculo grandioso y encantador; pero no me refiero a este cielo *sideral* donde brillan los astros y que vemos con nuestros ojos corporales y que están ya pregonando el poder y la gloria de Dios, sino al cielo *empireo* en el que Dios habita con los ángeles y los santos y que está por encima de todos los globos y estrellas refulgentes que vemos, o sea, al cielo o dicha eterna que Dios tiene preparado para los que le sirven y le aman en esta vida.

39

La inmensidad de astros que se mueven a distancias incalculables (ya que andando su luz 300.000 kilómetros por segundo, muchos de ellos tardan miles y miles de años en recorrer el espacio que de nosotros los separa), nos están diciendo que son obra del infinito poder de Dios, nuestro Creador, y todos ellos y tantas otras maravillas existentes nos están impulsando a levantar nuestros ojos al Hacedor de todos ellos y los de tantos hermanos nuestros que, como desterrados, gemimos y lloramos en este valle de lágrimas.

San Agustín dice: La tierra no es más que un destierro, «una cárcel», y, sin embargo, esta cárcel es ya bella y agrada, ¿qué será, pues, la Patria», el cielo al que Dios nos tiene destinados?

40

La felicidad del cielo es eterna e indescriptible.

Así nos lo dice la Escritura Santa, que es palabra de Dios: *«Los justos irán a la vida eterna»* (Mt. 25,46). *«Los justos vivirán eternamente y su galardón está en el Señor»* (Sab. 5,16). *«Tenemos casa eterna en el cielo»* (2 Cor. 5,1), y es tan grande esta felicidad que *«ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le sirven y le aman»* en esta vida (2 Cor. 2,9).

41

En el cielo, pues, está nuestra verdadera Patria. El Kempis resume así el pensamiento bíblico: «No tienes aquí domicilio permanente; donde quiera que estuvieres serás extraño y peregrino y nunca tendrás reposo si no estuvieres íntimamente unido con Cristo. ¿Qué miras aquí no siendo este el lugar de tu descanso? En los cielos debe ser tu mirada, y como de paso has de mirar todo lo terrestre. Todas las cosas pasan, y tú también con ellas... Pon en Dios toda tu esperanza».

42

«El cristiano, dice el Papa Juan XXIII, vive en la tierra, pero mira al cielo. Este mundo es sólo preparación, prueba, espera; el paraíso será la alegría y el premio eterno para quien haya sabido mantenerse fiel al Señor aun en medio de las tentaciones e incredulidades del mundo. No olvidemos el cielo, que allá arriba esté fijo nuestro corazón...».

«El cielo, dijo el Hermano Rafael Trapense, es nuestro anhelado y común hogar donde en torno al Padre celestial se va reuniendo toda la familia. Allí nos ha precedido nuestra Madre común, la Santísima Virgen, allí está Jesús, los Apóstoles, los santos, nuestros padres y amigos...».

Si queremos, todos podemos ir al cielo

43

Tú y yo podemos decir: Me salvaré e iré al cielo. Esto depende de Dios y de cada uno de nosotros, y como está revelado que *«Dios quiere que todos los hombres se salven...»* (1 Tim. 2,4), El nos da las gracias necesarias y suficientes para que nos convirtamos y viviendo arrepentidos de nuestros pecados nos salvemos y vayamos al cielo..., y por lo mismo el que se condena es porque no quiere cooperar a la gracia que Dios le da y sigue el camino del pecado *«amando más las tinieblas que la luz»* (Jn. 3,19).

44

Yo confío que nos salvaremos e iremos al cielo, aunque nuestros pecados sean muchos y grandes (y esto lo podrán decir también todos los pecadores con tal que se arrepientan de sus pecados y cambien de vida), y ¿por qué vivo yo con esta confianza? Porque tenemos grandes razones:

1.ª Porque Jesucristo *«vino a la tierra a salvar a los pecadores»* (1 Tim. 1,15), y El mismo dijo:

«No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Lc. 5,32), y para salvarnos dio su vida, sufriendo una pasión ignominiosa... *«Convertíos, pecadores, y practicar la justicia delante de El... y tendrá misericordia de vosotros»* (Tob. 13,8).

45

2.ª Porque Dios dice con juramento: *«Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva..., y si él se convirtiese de su pecado... y anduviere por el camino de mis mandamientos, no haciendo iniquidad, ciertamente vivirá y no recordaré ninguno de los pecados que cometió...* (Ez. 33,11 s.).

46

3.ª Porque Dios es sumamente misericordioso y nos ofrece el perdón a todos los pecadores, y *«hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia»* (Sab. 11,24), y de hecho nos inspira esta confianza al saber que ha perdonado a muchos y grandes pecadores. Veamos algunos ejemplos:

Si Dios perdonó a David, al verlo arrepentido después de sus dos grandes pecados: el de adulterio y el crimen de Urías: si perdonó también al impío Manasés después de la multitud de sus iniquidades, profanaciones y crímenes, y también a la Magdalena de la cual arrojó siete demonios y a tantos otros, ¿por qué no me va a perdonar a mí

y a tantos otros pecadores si los imitamos en el arrepentimiento?

47

4.ª Porque *«ésta es la promesa que El nos hizo, la vida eterna»* (1 Jn. 2,25), y porque Dios omnipotente y bueno es fiel a sus promesas y no miente (Tito 1,1-2), y por lo mismo es un gran consuelo para nosotros pecadores, el saber que si confesamos nuestros pecados y vivimos arrepentidos de ellos, por muchos que hayamos cometido, nos salvaremos e iremos al cielo.

48

Seamos sinceros con nosotros mismos, reconozcamos nuestras miserias y errores. En cuanto confesamos esto, como dice el escriturista Mons. Straubinger, en cuanto nos resignamos a saber que no somos buenos, nos vuelve a la alegría, como se ve en el salmo 31,4 ss. Y entonces la Biblia nos dice: ¿Qué importa si no fuiste bueno hasta hoy? ¿No ves que yo tengo la parábola de los obreros de la última hora (Mt. 20,8) que lo pasan aún mejor que los primeros? ¿No recuerdas el caso de la Magdalena (Lc. 7,43-47), donde yo muestro que el que más ama es aquel a quien más hubo que perdonarle? Si hay quien limpia tus ropas y las deja como la nieve (Sal. 50,9) ¿qué importa que su suciedad fuese mucha o poca?

49

Si Dios nos dice: *Convertíos, volved a Mí y Yo me volveré a vosotros* (Zac. 1,3), volvámonos a El y digámosle arrepentidos como el rey David: *«Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa»* (Sal. 51). Tú que perdonaste a la Magdalena y oíste la súplica del buen ladrón, a mí también me has dado esperanza de salvación.

Qui Maríam absolvisti,
et latronem exaudisti,
mihi quoque spem dedisti

Aprende a vivir y a morir

50

Para saber vivir hay que aprender a morir... y morir al mundo y a sus vanidades. La muerte es fruto del pecado, y ahora la muerte debe ser freno o remedio del pecado: *«Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás»* (Eclo. 7,40). «Muerte, juicio, infierno y gloria ten cristiano en tu memoria».

51

La muerte de los pecadores es pésima (Eclo. 34,22). (Y estos son los que debieran temerla). En cambio *«la muerte de los justos es preciosa a los ojos de Dios»* (Sal. 115,15). El que vive en gracia de Dios no teme la muerte. ¿Quieres,

pues, no temer la muerte? Ama a Dios de todo corazón y no temerás la muerte ni el juicio ni el infierno...

52

«En Cristo brilla la esperanza de nuestra feliz resurrección; y así, aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad» (Pref. Dif.). Para el cristiano, la muerte no es el término de la vida, es el comienzo feliz de una nueva existencia.

53

Es de fe que el cielo, la bienaventuranza eterna existe, y que en él no entrará nada manchado. *«No os engañéis,* dice el apóstol: *ni los fornicarios, ni adúlteros..., ni los ladrones, ni los borrachos, ni los blasfemos, ni los avaros... poseerán el reino de Dios».* Y luego añade: *Y algunos de vosotros esto érais, pero habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre de Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios»* (1 Cor, 6,9-11).

Notemos que aquellos grandes pecadores de Corinto pasaron del estado de pecado al estado de gracia por el arrepentimiento. Lo mismo ahora todo pecador puede conseguir que su alma quede limpia de pecado volviéndose a Dios por el arrepentimiento. Y, por tanto, por muchos y grandes que sean nuestros pecados, como nos dice Dios por medio del profeta Ezequiel, si arrepentidos nos convertimos a El, nos serán

perdonados y no serán recordados, es decir, Dios no los tendrá ya en cuenta para nada.

54

En consecuencia: El obstáculo para ir al cielo es el pecado, y por eso el Espíritu Santo dice: *«Hijo, ¿has pecado? No vuelvas a pecar más, y ora por los pecados anteriores (esto es, arrepiéntete de ellos). Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá...»* (Eclo. 21, 1-2). Si eres, pues, pecador, vuélvete a Dios, deja la vida de pecado y haz una sincera confesión de tus culpas... Un pecado muy extendido hoy, desgraciadamente, es el de la blasfemia. Los blasfemos son pobres locos que no saben lo que hacen al proferir una blasfemia, ni el mal que se hacen a sí mismos. La blasfemia siempre es una palabra horrible, soez y satánica, que debe evitarse, no sólo porque indica falta de cultura y educación, sino porque es una ofensa a Dios. ¡Qué nota más discordante en medio del himno de alabanza que la creación tributa al Dios Altísimo infinitamente santo!

55

La vida es el camino por el que vamos a la muerte (S. Basilio). La gran ciencia de la vida es saber morir, y a este fin la gran consigna está en guardar los mandamientos y ponerlos por obra, porque de su cumplimiento depende la felicidad temporal y eterna. Dios no nos da el cielo gratis, quiere que lo merezcamos, y por eso nos dice: *«Si*

quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Mt. 19,17).

56

«Dispón de tu casa, porque vas a morir» (Is. 38,2). No te creas eterno sobre la tierra. La muerte te acecha. Es de sabios estar preparados para hacer el viaje a la eternidad. Ordena tus cosas. Si tienes suficientes bienes haz testamento. No dejes tus cosas embrolladas y que todo lo pierdas... *«Cuanto bien puedas hacer, hazlo alegremente, porque no hay en el sepulcro, a donde vas, ni obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría»* (Eclo. 9,10).

Sé desprendido. No olvides el dicho de Jesucristo: *«Hay mayor dicha en dar que en recibir»* (Hech. 20,35). Dichosos los que van experimentando esta felicidad de, una vez atendidas sus necesidades, saber repartir sus bienes en obras que miran a la gloria de Dios.

¿Cómo conseguir el cielo?

57

«Estamos en el camino que conduce a la Patria» (S. Greg. M.), y siendo el cielo nuestra verdadera Patria, lo que nos importa es saber por donde debemos ir a él y cómo conseguirlo. Jesucristo nos lo dice así:

1.º *Observar los mandamientos de Dios. «Si*

quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Mt. 19,17).

2.º *Seguirle a Él* por el camino estrecho (Mt. 7,13-14), que exige vencimientos de pasiones desordenadas... y, como hemos dicho, desprendimiento de los bienes de la tierra...

3.º *Practicar las bienaventuranzas*, amar la cruz y los sufrimientos. Jesucristo no dijo: Bienaventurados los ricos, los que van tras los placeres terrenos, sino *«bienaventurados los pobres* (los que no tienen apegado su corazón a las riquezas), *los que sufren, los limpios de corazón...». «El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que la hacen a sí mismo lo arrebatan»* (Mt. 11,12).

58

4.º *Vivir en gracia y orar.* Procura vivir limpio de pecado y a este fin frecuenta los sacramentos de confesión y comunión, y para perseverar en gracia no dejes de orar, porque «el que ora se salva, y el que no ora se condena» (S. Alf. M.ª de Ligorio). Nuestra mejor oración ha de ser la del Padrenuestro con el Avemaría. Recordemos la oración del publicano, se consideró como un gran pecador, y oró así: *«Señor, ten piedad de este miserable pecador»*, y agradó tanto a Dios, que salió del templo justificado. Tú y yo, todos podemos orar con frecuencia diciendo desde el fondo de nuestro corazón: «Jesús mío, misericordia», «Jesús mío, os amo»... Y esta breve oración la podemos repetir en casa y por las calles y cuando vamos por el campo... y así nos será fami-

liar la oración. Para perseverar en gracia es necesaria la oración...

59

5.º *Tener devoción a la Santísima Virgen.* La Virgen María es Madre de Dios y también Madre de la Iglesia y Madre espiritual nuestra. Ella es la *«llena de gracia», «la bendita»* o más alabada entre todas las mujeres, la que *«llamarán bienaventurada todas las generaciones»* (Lc. 1,28 ss.). Ella «por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres (LG. 53-54), y es Medianera nuestra ante el Mediador, Cristo Jesús... Ella ha sido llamada la «omnipotencia suplicante». Seamos muy devotos de la Virgen. Algunos Padres de la Iglesia y teólogos han dicho que la devoción a la Virgen, Madre de Dios, es señal de predestinación. «Es imposible, moralmente hablando, dice San Alfonso María de Ligorio, que el verdadero devoto de María se condene», y dice apoyado en la revelación que la Virgen hizo a Santa Matilde, que el que rece tres Avemarías diarias a la Virgen con devoción, se salvará.

Sepamos sufrir

60

El sufrimiento es inevitable. Juan Pablo II dice: «El tema del sufrimiento es un tema universal, que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la

geografía». Lo principal en esta vida es saber sufrir, pues los sufrimientos son el camino del cielo. Tenemos el ejemplo de Jesucristo que dijo que tenía que padecer mucho para entrar en su gloria (Lc. 24,26), y el dicho de San Pablo: *«Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech. 14,21). Al ver que Jesucristo vino del cielo a la tierra para salvarnos con su Pasión y a invitarnos que le sigamos por el camino de la cruz (Lc. 14,17). El quiere ahora que con alegría participemos de su pasión, uniendo nuestros dolores a los suyos, para que cuando se descubra su gloria, gocemos también con El llenos de júbilo (1 Ped. 4,13). Lo propio del cristiano es saber sufrir con alegría y con amor...

61

Según las Escrituras Santas el origen del mal y de todos los sufrimientos son debidos al primer pecado y a los pecados personales de los hombres. Mas notemos que Jesucristo se hizo hombre para poder sufrir por nosotros y por medio del dolor redimirnos del pecado. Esto nos demuestra el gran amor que nos tiene, por cuanto por medio de su pasión ha querido expiar nuestros pecados y alcanzarnos el perdón y la misericordia. Ahora «para no perder el mérito del sufrimiento, debemos hacer intención de sufrir por Cristo y unir nuestros dolores a los suyos para ser portadores de méritos redentores» (Pablo VI).

62

En la vejez sobre todo aparecen los achaques propios de la edad, los dolores, y tenemos que aprender a sufrir. Esta es la más grande y más útil asignatura de la presente vida, y esta asignatura se aprende de un Maestro: de Jesucristo en la cruz. «El misterio del dolor humano se esclarece contemplando el misterio del dolor divino» (Gar-Mar). «Mira a Jesús crucificado y no te quejarás jamás».

Nadie quiere sufrir porque la naturaleza humana se resiente a cuanto la contraría; pero al ver que Jesucristo, el inocente, vino a redimirnos del pecado por medio de los sufrimientos, algo grande pretende con el sufrimiento, pues no nos manda el dolor por el gusto de vernos sufrir.

63

Lo esencial está en «saber sufrir». «En la aflicción los malos odian a Dios y blasfeman contra El; los buenos, en cambio, oran y le alaban (San Agustín), y se esfuerzan por no perder el mérito y la recompensa del sufrimiento que es muy grande, pues *«si padecemos juntamente con Cristo, con El seremos glorificados eternamente»* (Rom. 8,17).

64

San Pablo llegó a decir que por amor a Cristo sentía satisfacciones en sus enfermedades, ultrajes y persecuciones (2 Cor. 12,10), y *«por la mo-*

mentánea y ligera tribulación nos prepara un peso de gloria incalculable» (2 Cor. 4,17). Al ver que Cristo inocente sufre, se comprende que los santos se abracen a la cruz y digan con una santa Teresa de Jesús: «padecer o morir», o con San Juan de la Cruz: «padecer y ser despreciado por Ti»... Para nosotros debe ser un consuelo el saber que *«los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros»* (Rom. 8,18).

65

Hemos de reconocer que Dios todo lo dispone y ordena para nuestro bien, y así a nuestros sufrimientos podemos asignar una de estas causas: ser castigo, expiación y enmienda de nuestros pecados; desprendimiento de las criaturas; prueba de las almas justas; salvación para todos... (Véanse mis libros: *Catecismo sobre el dolor»* y *«El problema del dolor»*).

66

El sufrimiento es herencia de los buenos. *«No es el siervo mayor que su señor... Si a Mí me han perseguido* —dijo Jesucristo—, *también os perseguirán a vosotros»* (Jn. 13,16.20). *«Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecuciones»* (2 Tim. 3,12). Dios suele probar a las almas justas con el dolor: *«El Señor castiga al que ama, azota a todo el que recibe por hijo»* (Heb. 12,6). «Las calamidades que nos oprimen, nos fuerzan a ir a Dios» (S. Greg. M.).

67

«No queráis huir de aquella cruz que Dios os manda, porque de seguro tropezaréis en otra mayor» (S. Felipe Neri). «Padecer y callar; este es el camino más corto y perfecto para ser santos» (S. Pablo de la Cruz), o como decía Santa Teresa del Niño Jesús: «Amar, sufrir, siempre sonreír». ¡Sufrir y no hacer sufrir!, he aquí el lema de los santos! «La ciencia de los santos consiste en sufrir constantemente por Jesucristo, y éste es el medio de santificarse más pronto» (S. Alf. M.ª de Ligorio).

También conviene tener en cuenta que es grande el apostolado que se puede hacer con el dolor, sabiendo abrazarse a él y ofrecerlo a Dios por el bien de los demás y de las necesidades de la Iglesia. A Santa Teresa del Niño Jesús se le atribuye esta frase: «Más almas se convierten con el dolor que con los más brillantes sermones»...

68

«La mayor parte de nuestros sufrimientos proviene de huír de ellos. El dolor es ciertamente una invención divina; pero la mayor parte de los hombres padecen más de lo que Dios quiere *porque no sufren como Dios quiere»* (Gar-Mar). La mortificación más agradable a Dios consiste en aceptar la cruz de cada día, es decir, las pruebas que El nos envía, sin nosotros buscarlas...

«No hay hombre alguno en este mundo que esté libre de la tribulación o congoja, aunque sea el rey o el mismo Papa» (Kempis). Juan XXIII, al

morir nos dio esta bella lección: «Sufro mucho, mucho, pero sufro con amor. Me he alegrado de lo que se me ha dicho: Vamos a la casa del Señor».

69

La vida es lucha. Después de una tentación vendrá otra. Hay que seguir peleando. Por la cruz a la luz. Por los sufrimientos y cruces tenemos que pasar para ir al cielo, donde ya no hay dolor ni lágrimas, sino una felicidad inenarrable. Se vive una sola vez. «Vivamos» bien el tiempo, y no nos limitemos a «pasar» el tiempo. *«Si vivimos, para el Señor vivimos; si morimos, para el Señor morimos»* (Rom. 14,8). *«Por tanto, ya comais, ya bebais o hagais cualquier otra cosa, hacedlo para gloria de Dios»* (1 Cor. 10,31).

En consecuencia: aceptemos con paz, con resignación cristiana y hasta con alegría las cruces y sufrimientos que Dios nos envíe, porque, como dice San Agustín: «Se nos envían para que al dirigirse el viajero a su Patria, no tome la posada por su casa y no se aficcione a ella», ya que «no tenemos aquí una ciudad permanente...».

70

Ultima reflexión: ¿Vamos por el camino que conduce a una eternidad feliz? Si así no fuera pensemos en cambiar de vida. A todos nos atrae la virtud, que «es el arte de hacer el bien y rectamente», y ésta nos pide vencimientos. Los santos no nacen, se hacen. El secreto para ser hombres

virtuosos y vivir como católicos prácticos, está en no apartarnos de la Ley de Dios, o sea, en ser cumplidores de sus mandamientos.

Si la gente supiera el día y la hora de su muerte, en su casi absoluta totalidad, todos obrarían de muy distinta manera; mas no dudemos que ese momento está marcado para ti y para mi desde la eternidad. Pensémoslo bien y obremos en consecuencia.

«El tiempo es breve, el aspecto de este mundo pasa rápidamente». ¡La eternidad se acerca!

INDICE

Presentación ....
Estamos aquí de paso ....
Valoremos nuestra vida ....
La visita al cementerio ....
¿Qué nos piden ahora los muertos? ....
¿Qué hay después de la muerte? ....
Lecciones que nos da la muerte ....
Nuestra verdadera Patria está en el cielo ...
Si queremos, todos podemos ir al cielo ......
Aprende a morir y a vivir ....
¿Cómo conseguir el cielo? ....
Sepamos sufrir ....

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia Explicada (Para mejor entenderla)........
La Biblia Ilustrada Compendiada....................
La Biblia más Bella................................
La Biblia a tu alcance.............................
Curso Bíblico Práctico.............................
Catecismo de la Biblia.............................
Historia Sagrada o de la Salvación.................
Nuevo Testamento Explicado, con 4 índices: general, alfabético, teológico y errores de las sectas. (Es completo, con versión del original)...............
Tesoro Bíblico, Teológico..........................
Evangelios y Hechos Ilustrados.....................
Jesús de Nazaret...................................
Dios te Habla (libro bíblico)......................
El Catecismo Ilustrado.............................
El Catecismo más Bello (Primera Comunión)..........
El Catecismo Conciliar, en 10 tomitos..............
Tesoro del Catequista: Astete explicado............
El Matrimonio (Preparación y cómo vivirlo).........
Bautismo y Confirmación............................
Catequésis Bíblicas................................
¿Existe Dios?......................................
¿Existe el Infierno?...............................
¿Existe el Cielo?..................................
¿Quién es Jesucristo?..............................
¿Quién es el Espíritu Santo?.......................
¿Por qué no te confiesas?..........................
¿Por qué no vivir siempre alegres?.................
¿Seré Sacerdote?...................................

Para ser Santo........................
Para ser Sabio........................
Para ser Feliz........................
Para ser Apostol......................
Para ser Católico Práctico............
La Buena Noticia......................
La Caridad Cristiana..................
La Bondad de Dios.....................
La Santa Misa explicada...............
La Virgen María a la luz de la Biblia.............
La Penitencia, qué valor tiene.................
La Formación del Corazón..................
La Formación del Carácter.................
La Reforma de una Parroquia...............
La Matanza de los Inocentes (aborto y divorcio)....
La Senda Desconocida (La virginidad)............
La Cruz y las cruces de la vida...............
La Religión Verdadera y las diversas sectas........
La Edad de la Juventud....................
Los Diez Mandamientos ¿Qué valor tienen hoy?.......

MUY IMPORTANTE

Todos estos libros se venden muy baratos en casi todas las librerías religiosas, y también se mandan por correo a reembolso si se piden a la siguiente dirección:

APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla